

ANDRES BELLO

Este texto reproduce el aparecido en *Perspectivas: Revista Trimestral de Educación* [UNESCO], vol. XIX, N° 1, 1989, N° 69, págs. 125-33. (De la misma revista hay versiones simultáneas en francés, inglés y árabe.)

Esta versión, reelaborada y reestructurada, se publicó originalmente en Educación Superior: Boletín del Centro Regional para la Educación Superior en América Latina y el Caribe [CRESAL / UNESCO, Caracas], año 1, N° 4, diciembre de 1980, págs.10-16. La misma versión se reprodujo en IIE: Revista del Instituto de Investigaciones Educativas [Buenos Aires], año 13, N° 59, agosto de 1987, págs. 3-22. También lo reprodujo (con modificaciones del editor) Nuestra América [Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos/ UNAM, México], año 2, N° 5, mayo-agosto de 1982, págs. 33 - 55.

Cien artículos sobre otros tantos educadores, cuyos perfiles, aparecieron en Perspectivas fueron reunidos en una obra de cuatro tomos, cuya edición española publicó la Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe (OREALC), Santiago de Chile, 1993. Véase nuestro texto sobre Bello en tomo I, págs. 73-87. La obra apareció también en inglés, francés, ruso y chino.

Constituye la de Andrés Bello una figura paradigmática en la historia de la cultura de América Latina: fue uno de los educadores más importantes del siglo XIX y es considerado su mayor humanista. Su personalidad sólida, su vida austera de estudioso, lo convierten en un verdadero Maestro; designación esta última que posee, en castellano, numerosas acepciones, entre las cuales destacamos desde la de "persona que imparte la primera enseñanza", hasta el superlativo de "relevantes méritos"; escrita con mayúscula significa, además, un reconocimiento de respetabilidad y ejemplaridad sobresalientes. Pues bien, en Andrés Bello se dan, conjugadas, todas estas acepciones, pues su vasta y perdurable actividad reveló tanto sus inquietudes por la escuela primaria como también por la universitaria más en particular, además de ser un gramático, jurista, filósofo y político. Nacido en Venezuela, los azares de la vida de nuestros países durante las primeras décadas de la pasada centuria lo retuvieron en Londres durante casi veinte años, desde donde se trasladó a Chile. Su obra dilatada y su influencia perdurable le dieron estatura continental y el mérito infrecuente de ser hoy reivindicado por todos los hispanoparlantes. Es de tal magnitud su magisterio que hasta acuerdos internacionales de carácter educativo y cultural llevan su nombre¹.

En Venezuela

Andrés Bello nació en Caracas el 29 de noviembre de 1781. Su niñez y adolescencia transcurrieron en un medio relativamente acomodado y culto, donde desde temprano conoció los deleites de la lectura; la ampliación de sus estudios lo llevó pronto a frecuentar el francés, así como más tarde el inglés. Desde el punto de vista formal sabemos que el 9 de mayo de 1800 recibe el grado de Bachiller en Artes: pero hay de aquella época otra referencia que quizás importe más: pocos meses antes conoció a un extranjero cuya presencia en la ciudad tuvo enorme repercusión y dejó en el todavía joven y tímido estudiante que se le acercó una huella indeleble: ese hombre era Alejandro von Humboldt, dueño ya del prestigio que imponían su cultura extraordinaria para el medio, pero sobre todo su vasta curiosidad e inquietudes.

Para acrecentar sus menguados ingresos Bello comenzó a enseñar en su propia casa a un grupo de adolescentes, entre los cuales estaba Simón Bolívar, llamado a tan altos destinos. Décadas después se repetirá la escena en Santiago de Chile al prodigar su sabiduría, desde su escritorio abarrotado de libros de todas las disciplinas imaginables, a otros jóvenes, tan inquietos como los primeros y de entre los cuales saldría un puñado de hombres que pronto se incorporarían a la historia. Por los testimonios de sus mismos discípulos de todos los tiempos conocemos sus extraordinarias dotes pedagógicas y humanas.

Poco después estabiliza su situación económica al incorporarse como funcionario a la administración colonial de la Gobernación, donde su laboriosidad, espíritu de iniciativa y su dominio de idiomas fueron convirtiendo al joven Andrés en un individuo indispensable para traducir las noticias, inquietantes por momentos, que llegaban desde Europa. Los acontecimientos del Viejo Mundo comenzaban a golpear fuerte las puertas del Nuevo, y las informaciones más importantes no siempre llegaban en español, única lengua que, por lo visto, dominaban las autoridades. Simultáneamente van manifestándose sus intereses intelectuales: comienza a colaborar en la *Gazeta* de Caracas, primer periódico de su ciudad natal. De manera que trabajos de cierto aliento vinculan ya tempranamente el nombre de Bello a las iniciales aventuras de la letra impresa: es autor del prospecto del *Calendario manual y guía universal de forasteros en Venezuela* para el año de 1810 y también del *Resumen de historia de Venezuela*, donde Mariano Picón Salas cree advertir las huellas de las ideas de Humboldt.

Contemporáneas son también las primeras efusiones líricas de Bello; Emir Rodríguez Monegal reconoce: "en la poesía del período caraqueño, la maestría del joven poeta para moverse con familiaridad en la dicción neoclásica, la aplicación en la visión humanística del siglo XVIII al mundo americano: visión que participa ya de un atisbo de lo continental; el indicio, en algunos versos cabalmente reconocible, de una naturaleza contemplada directamente y expresada, con dicción neoclásica, pero con genuino sentimiento americano".

Tenemos aquí, si bien en germen, al literato que tanto habrá de contribuir, a lo largo de su existencia, a la emancipación intelectual de nuestro continente, tema capital que importa subrayar adecuadamente.

Sus funciones, su experiencia, sus antecedentes y, como llevamos dicho, su conocimiento de lenguas lo recomiendan para integrar la misión que la Junta Conservadora envía a negociar a Londres, cuyos delegados eran Simón Bolívar y Luis López Méndez. A su discípulo lo vincularía una prolongada amistad, no siempre fluida por cierto. Pero abundan los testimonios sobre el mutuo afecto; así, en carta fechada en Quito, el 27 de abril de 1829, Bolívar escribe a José Fernández Madrid, a la sazón en Londres, manifestando su seria preocupación por la miserable situación pecuniaria de esa legación, que obliga al amigo y digno Bello a salir de ella a fuerza de hambre [...] Persuada usted a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país, que lo diga y se le dará buen destino. Su patria debe ser preferida a todo: y él es digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto. Su esquividad nos ha tenido separados en cierto modo, y por lo mismo, deseo reconciliarme; es decir, ganarlo para Colombia.

Pero tarde se había despachado el mensaje; Bello había abandonado ya Londres con destino a Chile.

Consideramos de interés intercalar aquí las siguientes referencias a las relaciones de Bello con nuestro país y que nosotros abordamos en "Tres enfoques", artículo publicado en el Suplemento Literario del diario *La Nación* del 29 de noviembre de 1981, en oportunidad del bicentenario del ilustre polígrafo. Decíamos allí al analizar un puñado de documentos escasamente conocidos:

El inicial, firmado por Bernardino Rivadavia el 15 de marzo de 1812, donde éste solicita informaciones acerca de la revolución de Caracas y, de paso, sobre la actitud política de la corte inglesa. Del 3 de agosto de 1815 tenemos una conmovedora y extensa carta de Bello dirigida al Supremo Gobierno del Río de la Plata, en la cual explica su difícil situación: condenado "a vivir entre incomodidades y privaciones", amenazado "de sufrir en absoluta indigencia, y en la necesidad de hacer frente a mis empeños con el producto de mis tareas, siempre precario, y en las actuales circunstancias escasísimo", y luego de recordar el "alivio" que le hizo llegar "el Diputado de esas Provincias Don Manuel de Sarratea" (se refiere a las 150 libras esterlinas que le entregó en una oportunidad, amén de una promesa de repetir anualmente los envíos, incumplida por el desarrollo de los acontecimientos), termina por suplicar "que en consideración a lo expuesto, tenga la bondad de disponer se me proporcionen los socorros necesarios para mi embarque y traslación a ese país". A esta carta respondió el gobierno argentino el 15 de noviembre informándole que se daban las instrucciones para que Sarratea "le proporcione a V. dichos auxilios para su transporte a estos países donde hallará V. la hospitalidad digna de los distinguidos servicios que ha prestado a la más justa de las causas, y que hacen recomendables los padecimientos de nuestros desgraciados hermanos de Caracas". Con igual fecha se cursaron las instrucciones para auxiliarlo dada "la situación lamentable a que ha quedado reducido por la ocupación del país de su procedencia". Pese a la buena voluntad y al aprecio demostrados, y a la celeridad de la respuesta de nuestro gobierno, otro fue el destino de Bello.

Entre otros rasgos e influencias de la época, sólo hemos querido subrayar aquí su vinculación con Humboldt y Bolívar, por la significativa influencia que ambos ejercerían en su vida.

Para redondear su semblanza, permítasenos anticipar ciertos elementos - que en seguida veremos con más detalle - que aluden a dos rasgos no siempre bien entendidos de la personalidad de Bello. El primero referido a su humanismo, que, contrariamente a lo que se supone, nada tiene que ver con el de los "secos sabios" del siglo XVII, agobiados de latines e incomodados por un griego que ya no manejaban con soltura. El otro se refiere a su conservadurismo que también se le ha reprochado.

Para aclarar el sentido del primer aspecto bástenos traer a colación una escueta y notable caracterización de Ángel Rosenblat:

Andrés Bello es sin duda el primer humanista de nuestra América, una especie de Goethe hispanoamericano, en una época en que el humanismo era todavía padre de la ciencia, y el humanista era a la vez filósofo, historiador y poeta, jurista y gramático, y trataba de abarcar a la vez la vida espiritual y los misterios de la naturaleza.

Agreguemos: un humanista en la historia, no fuera de ella.

El espíritu conservador - modernizante de Bello - que en modo alguno puede ser legítimamente asimilado a una concepción inmovilista o tradicionalista - mucho debe, sin lugar a dudas, a la impresión que sobre él debió ejercer la experiencia inglesa confrontada con los sucesos continentales. Durante su prolongada estadía en la isla presenció un gigantesco esfuerzo de reacomodamiento institucional para responder a las profundas transformaciones de la economía y de la sociedad derivadas de la Revolución Agrícola e Industrial, suceso que a su vez subrayó la importancia de la ciencia y de la técnica en la construcción del porvenir; además, debió preocuparle el papel ejercido por Gran Bretaña en el nuevo e inestable equilibrio de las relaciones internacionales, ya que esa situación no era ajena al desarrollo de los acontecimientos en el Nuevo Mundo.

Preocupado siempre por el destino de nuestra América, desgarrada y empobrecida por las prolongadas guerras civiles que llegaban a amenazar su misma supervivencia, debió entrever en aquel singular estilo una fórmula posible para que los nuevos Estados pudiesen encauzar las desbordadas energías poniéndolas al servicio de sus propios intereses. Por ello juzgaría Bello que más que subvertir el orden conmovido, este debía ser cuanto antes restablecido, recurriendo a la educación, a la legislación, al comercio, como instrumentos idóneos para el logro de tal fin. Por supuesto que sus ideas no siempre fueron compartidas por muchos de sus contemporáneos, quienes lo combatieron con vehemencia y respeto; estaban en juego diferentes filosofías de la historia y de la vida. Pero es de suyo evidente que para el rumbo que tomaron los acontecimientos su aportación puede reputarse excepcionalmente valiosa. Mas de todos modos creemos que no fueron estos los factores decisivos en el aseguramiento de su gloria; ella es hija legítima de su genio, deriva de su vasta y perdurable obra escrita y de su magisterio personal, además la recomienda su influencia.

En Inglaterra

Cuando desembarcó en Portsmouth el 11 de julio de 1810, Andrés Bello, que venía, tal como acabamos de indicarlo, como agregado a la misión encabezada por Simón Bolívar y Luis López Méndez, jamás pudo imaginar, así sea por un instante, que las circunstancias lo forzarían a permanecer casi dos décadas en Gran Bretaña, preñadas de sinsabores y penurias económicas, pero también henchidas de estímulos para la maduración de su talento. Vicente Llorens Castillo, en *Liberales y románticos: Una emigración española en Inglaterra*, reconstruye muy documentadamente el clima de los emigrados liberales de la península ibérica de aquel momento, condenados por largos años a una "vida de miseria y oscuridad, de esperanzas y decepciones", que fue también por cierto la de numerosos latinoamericanos que, como Bello, soportaban idéntica situación, cortadas por la fatalidad sus amarras con su propia tierra, sin recursos, y sumergidos en un incierto porvenir que hará aún más amenazadora la reconstitución de los movimientos restauradores. De todos modos, desde el punto de vista intelectual, el clima - si dejamos de lado las suspicacias que socavan la convivencia entre todos los "transterrados" - podía llegar a ser incitante y fecundo para quienes estuviesen dispuestos, modestia mediante, a realizar un difícil aprendizaje, político y cultural entre otro ambiente y otra lengua. El número de hombres talentosos e importantes que pasaban por allí se tomaba considerable, y con muchos Bello establecería vínculos perdurables; así lo corroboran numerosos testimonios directos o indirectos que hasta nosotros han llegado. Conoció a Francisco de Miranda, José de San Martín, José María Blanco White, Bartolomé José Gallardo, Antonio José de Irisarri, Fray Servando Teresa de Mier, José Joaquín de Olmedo, Vicente Rocafuerte, y tantos otros cuya sola mención tiene intensa capacidad de convocatoria.

En el volumen *Cartas a Bello en Londres (1810-1829)*, editado por Sergio Fernández Larraín, se recogen testimonios interesantes y por momentos conmovedores de aquel momento. Por otro lado, también tenemos conocimiento de las relaciones de Bello con James Mill, quien en alguna oportunidad pudo favorecer económicamente al venezolano, al encomendarle una tarea: el desciframiento de los arduos manuscritos de Bentham. De todos modos, la supervivencia del nostálgico Bello no la aseguraban los magros sueldos que, en forma harto discontinua, recibía como secretario de algunas misiones diplomáticas latinoamericanas o a título de subsidio de algunos países (así, el gobierno argentino - acabamos de recordarlo - le hizo llegar en cierta oportunidad 150 libras esterlinas). Completan sus anémicos ingresos lecciones particulares o trabajos editoriales (revisó alguna vez una versión española de la Biblia), recursos todos que apenas le permitían conservarse en los límites del decoro.

De todos modos vivió, intensamente, un momento muy especial de la transformación del Viejo Mundo y, sobre todo, de Inglaterra; su caracterización requeriría mayor espacio del disponible, por lo tanto creemos legítimo evocar, siquiera desordenadamente, una serie de factores, protagonistas y elementos de muy desigual importancia y citarlos sin concierto alguno, coincidentes todos con la experiencia londinense de Bello: noticias de los flujos y reflujos de la gesta emancipadora latinoamericana, restauraciones, Ayacucho, Congreso de Panamá, reconocimiento de algunos países por parte de los Estados Unidos. En Europa: Congreso de Viena, romanticismo; y más particularmente en Gran Bretaña, cuya población alcanza por entonces los 20 millones de habitantes, produce 8 millones de toneladas de carbón y cuya flota mercante de unas 2,5 millones de toneladas ya incluye buques de vapor. La industria metalúrgica y la textil tienen un ritmo de

expansión hasta entonces nunca visto; y el proceso de industrialización, como no podía ser de otra manera, alcanzará a la prensa. Al cabo de pocos años se multiplican los diarios y revistas, aumentan sus tiradas y disminuyen sus precios; el *Manchester Guardian*, *Sunday Times*, *Evening Standard* y la *Westminster Review* son de aquel momento. Londres se convierte en la primera ciudad que alcanza el millón de habitantes y para deslumbramiento de nativos y extranjeros, a partir de 1812, sus calles se hacen más transitables y seguras por la iluminación a gas, maravilla de las maravillas. Se discuten autores, ideas, libros; son noticia Humboldt, aquel genio juvenil que conoció Caracas, Goethe, Byron, Shelley, Malthus, Ricardo; se delibera sobre autoridad, democracia, liberalismo; las noticias del continente parecen indicar que el principio de nacionalidad predomina sobre el de legitimidad.

A pesar de las estrecheces, y sin desatender los acontecimientos importantes y menudos que a su alrededor se desarrollaban, solo o auxiliado por algunos colaboradores, encara Bello levantadas empresas culturales cuyas huellas perduran. Así, con Juan García del Río, la *Biblioteca Americana* (1823), que constituyó, como lo dice Rafael Caldera en el "ofrecimiento" que encabeza la reimpresión facsimilar que utilizamos, "la primera y más ambiciosa obra cultural eminentemente americana" emprendida hasta entonces desde Europa. Conducida por un grupo de hombres formados en el Nuevo Mundo fue dirigida a todos los pueblos hermanos de América, con el fin de contribuir a la "difusión de los bienes verdaderos y sólidos que resultan de la ilustración y de una libertad racional". Basta recorrer rápidamente sus páginas para comprobar el amplio espectro de las preocupaciones de sus animosos editores: literatura, artes, ciencias, técnicas, documentos históricos, etcétera, y las palabras antes citadas por nosotros pregonan suficientemente el espíritu que animaba a la poco menos que hazañosa empresa. Encabeza la primera entrega la *Alocución a la poesía*, del mismo Bello, que hoy recogen todas las antologías. Las iniciativas prosiguieron: así *El Repertorio Americano* de 1826-1827. Admirable es comprobar que, además del arduo esfuerzo por sobrevivir, tuvo siempre el ánimo dispuesto para dedicar buena parte de su tiempo a empresas vinculadas, directa o indirectamente, a la emancipación intelectual del Nuevo Mundo. Pero en aquel ambiente, y esto quizás constituya uno de sus rasgos sobresalientes, vive con intensidad el clima de ebullición, donde germinaban ideas, iniciativas, se propagan inquietudes y descubrimientos. Allí, en tanto, va forjando su personalidad, acumula una masa impresionante de conocimientos, perfecciona sus métodos, aguza su sensibilidad, descubre, compara, sueña: poseedor de una profunda vida interior siente que dentro de su ser se va decantando una sabiduría, recia y refinada a un tiempo, que quizás algún día podrá poner al servicio de su tierra.

Entre tanto rescatemos siquiera algunos de los muchos elementos constitutivos de su sólida cultura: nos referimos a las vertientes empirista, utilitarista y también del llamado "radicalismo" inglés que conoció durante su larga permanencia a orillas del Támesis, no sólo por su asidua concurrencia, como lector alerta, al Museo Británico y por la lectura de revistas, sino también, y sobre todo en su versión más directa, gracias a sus relaciones con pensadores como el citado James Mill; esas corrientes estaban escasamente difundidas a la sazón entre los latinoamericanos, cuyos intereses filosóficos se habían desplazado, casi imperceptiblemente, de la Ilustración a la Ideología, conservándose siempre, como un telón de fondo, el pensamiento tradicional. Dicho acercamiento explica quizás, por lo menos en parte, su permanente interés por las ciencias físico - naturales;

desde luego que esas cuestiones estaban en el ambiente, estimuladas por la enérgica Revolución Agrícola e Industrial que se propagaba y generaba grandes cambios en las condiciones de vida y hábitos del hombre de campo y de la ciudad. Probablemente hayan sido estos estímulos los que más tarde lo llevarían a redactar su *Cosmografía* o los numerosos artículos - como aquellos que aparecen recogidos en el tomo XX de sus *Obras completas* - , algunos bien tempranos, que evidencian ya el interés de Bello por la obra de A. von Humboldt y que fueron publicados en *El Repertorio Americano*, devoción que conservará durante toda la vida. Muchos otros escribirá más adelante en *El Araucano* (véanse los del 16 y 30 de agosto de 1831, y el del 21 de enero de 1832), y en uno de los cuales observa, por ejemplo, que "es indispensable un curso de física para completar la educación preparatoria, porque sin ideas de lo que es la naturaleza, los conocimientos anteriores tienen muy poco ensanche". Y antes de proseguir destaquemos que sus inquietudes científicas constituyen un ingrediente algo desatendido, pero a nuestro juicio del mayor interés para el conocimiento de su formación y el sentido de su actividad pedagógica. Y desde luego estas influencias filosóficas señaladas, con otras como la escuela ecléctica y la escocesa, están presentes en su filosofía del entendimiento sobre cuyo análisis no podemos abundar aquí; baste recordar el autorizado juicio de José Gaos: "es sin duda la obra más importante que en su género posee la literatura americana".

La incertidumbre aparece hasta entonces como una nota perdurable que lo acompaña como su propia sombra y de ella no puede apartarse. Reiteradas son sus gestiones para retornar al Nuevo Mundo, así las intentadas ante autoridades y amigos del Río de la Plata o la Nueva Granada; les expone su situación y sus apremios, mas, por muchos años todo será en vano. Pero el destino, que va tejiendo su trama, apunta hacia rumbos inesperados. Sus relaciones con Mariano de Egaña, difícilmente consolidadas a raíz de ciertos desentendimientos iniciales, se convierten al cabo del tiempo en sincera amistad. Y convencido este del beneficio que podría tener para Chile un hombre de la capacidad y experiencia del modesto secretario de legación, propone al Ministerio de Relaciones Exteriores de su país que lo contrate.

Concretado el traslado de Bello a la América del Sur, se dispone este a partir hacia su nuevo cargo en un país para él físicamente desconocido. La ambivalencia de sus sentimientos queda admirablemente expresada en el fragmento de una carta redactada en vísperas de la partida, y que cita Rodríguez Monegal: "aguardo con impaciencia que amanezca para dejar esta ciudad, por tantos títulos odiosa para mí, y por otros tantos digna de mi amor".

Luego de la larga travesía llega a Santiago acompañado de su familia y de sus libros. Bello, casi cincuentón, comenzaba una nueva vida.

En Chile

Cuando Andrés Bello arriba a Valparaíso el 25 de junio de 1829, procedente de Europa, Chile está atravesando un momento excepcional de su historia: se estaban registrando profundos cambios en su estructura socioeconómica y político - institucional, amén de modificaciones sustantivas en su fisonomía cultural y educativa.

Se asiste, por entonces, a la gran expansión de la actividad minera que dinamiza la economía y la casi inesperada riqueza en cierto sentido permite restablecer un clima de mayor estabilidad hasta alcanzar pronto un nuevo equilibrio entre los diversos grupos de intereses, sean estos rurales o comerciales. La batalla de Lircay cierra un ciclo: vencidos los liberales (o *pipiolos*) por los conservadores (o *pelucones*), llega al poder el general Joaquín Prieto, a cuyo lado actúa Diego Portales como ministro, con un programa que consistía fundamentalmente en restablecer el orden y la autoridad. La Constitución de 1833, centralista y con sufragio restringido, expresa una modificación sensible con respecto a la antes vigente, de un corte democrático más pronunciado. El nuevo modelo favorecerá ahora a los sectores conservadores tradicionales, pero en rigor beneficiará también, como se ha dicho, a todos los sectores productivos, ya que la instaurada república autoritaria, de firmes rasgos presidencialistas, consolida el orden, organiza la hacienda pública y disciplina al ejército, por entonces factor de inestabilidad.

La victoriosa guerra contra la Confederación Peruano - Boliviana (concebida por Portales, asesinado en vísperas del inicio de las hostilidades) fue un nuevo factor que contribuyó al fortalecimiento de las instituciones chilenas. A la pacificación seguirá una etapa de prosperidad cierta, y paulatinamente una relativa liberalización posibilitará modernizar las instituciones, además de brindar un clima más propicio para atraer intelectuales y científicos (Andrés Bello, José Joaquín de Mora, Guillermo A. Blest, Leopoldo Sazie, etcétera); la estabilidad y las garantías ejercen atracción sobre numerosos exiliados políticos de diversa procedencia, pero sobre todo de los países limítrofes (Juan García del Río, Juan Carlos Gómez, Domingo F. Sarmiento, Vicente F. López, Juan B. Alberdi, etcétera) quienes desempeñarán un papel tan fecundo como sobresaliente en la enseñanza y en la prensa. Para comprender los hechos posteriores deben tomarse en cuenta varias líneas de influencia ideológica y remontarnos, en el terreno de la educación, a la existencia del Instituto Nacional, donde se impartía enseñanza superior de carácter profesional; la vieja Universidad de San Felipe, en proceso de extinción y, en otro nivel, el Liceo, impregnado del espíritu liberal de su director J. J. de Mora y el Colegio de Santiago, más conservador, orientado por Andrés Bello. Todo esto en medio de un estimulante clima generado en tomo a los exiliados, las publicaciones y las polémicas multiplicadas, los esfuerzos de actualización intelectual expresados en numerosas iniciativas.

Sin abundar en mayores detalles digamos que, paulatinamente y por propia gravitación, el venezolano Andrés Bello fue ocupando cada vez un mayor espacio en la sociedad chilena. Su formidable versación en diferentes disciplinas, pero sobre todo una muy sólida formación, le permitieron desempeñar un papel sobresaliente en la vida política e institucional, como senador y oficial primero de la Cancillería; en el periodismo como colaborador constante en la combativa prensa de la época, en particular en *El Araucano*; y, por lo que más nos importa destacar aquí, en la educación y la cultura, como rector de la universidad y autor de obras de valor perdurable y proyección continental, como la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*, los *Principios de derecho internacional*, el *Proyecto del Código Civil* y su *Filosofía del entendimiento*, para citar unas pocas orgánicas y de diversas disciplinas, y esto sin mencionar siquiera su sobresaliente labor literaria como crítico y creador, donde también hizo aportaciones capitales.

La Universidad

De acuerdo a lo establecido en los artículos 153 y 154 de la Constitución de 1833, por ley sancionada el 19 de noviembre de 1842, se crea la Universidad de Chile, siguiendo una concepción centralista y el modelo generalmente llamado napoleónico, es decir, como órgano rector de todas las actividades educativas en sus diversos niveles, una suerte de Ministerio de Instrucción Pública, o de Educación según nomenclatura más moderna. Quedaron así sentadas las bases del Estado docente.

Por lo tanto, la alta casa de estudios actuaba - insistimos - como órgano superior que establecía las políticas y organizaba los establecimientos; la chilena tenía la particularidad de no ejercer una función docente directa, ya que se limitaba a la supervisión y designación de los docentes.

La vieja Universidad de San Felipe se fue extinguiendo al cabo de un proceso que estaría fuera de lugar historiar aquí por lo menudo y ella fue sustituida por otra que será inaugurada con una brillante ceremonia el 17 de setiembre de 1843. Mas contrariamente a lo que suele afirmarse, juzgamos que poca continuidad hay entre ambas a pesar de algunas apariencias externas (incorporación de los doctores de la pretérita a sus respectivas facultades en la nueva; presencia del antiguo rector de San Felipe, Juan Francisco Meneses, en el claustro, etcétera). La ruptura es franca y la creación original, como puede inferirse muy fácilmente del análisis de las funciones, organización y objetivos de la recién creada y, sobre todo, si se ausculta su espíritu. Andrés Bello, cuya participación fue decisiva en la gestión, fue designado rector al mismo tiempo que miembro de las facultades de Leyes y Ciencias Políticas y de Filosofía y Humanidades.

Una pieza de sobresaliente importancia será el discurso que Bello pronuncie en oportunidad de la instalación de la nueva Universidad de Chile; allí encontraremos expuesta parte significativa de sus ideas sobre educación, más en particular la superior, de amplitud y vuelo teórico como corresponde a un humanista de su envergadura, pero al mismo tiempo reveladora de su ahincada reflexión sobre los alcances sociales y los problemas específicos de la institución, tal cual la concebía en aquel momento y en aquel medio, es decir, bien anclada en la realidad. Por eso ciertos pasajes adquieren todo su sentido sólo si los referimos a su circunstancia concreta, como respuesta implícita a inquietudes e interrogantes intuidos. Así, dice Bello:

Las universidades, las corporaciones literarias, ¿son un instrumento a propósito para la propagación de las luces? Mas apenas concibo que pueda hacerse esa pregunta a una edad que es por excelencia la edad de la asociación y la representación; en una edad en que pululan por todas partes las sociedades de agricultura, de comercio, de industria, de beneficencia, en la edad de los gobiernos representativos. La Europa, y los Estados Unidos de América, nuestro modelo bajo tantos respectos, responderá a ella.

Replicaba de ese modo a quienes, como lo recuerda Miguel Luis Amunátegui, por entonces aún sostenían el peregrino criterio de "que la instrucción deprava en vez de mejorar el alma, y alienta las pretensiones quiméricas y perniciosas, en vez de estimular hacia las tareas tranquilas y honradas". Prosigue Bello:

Si la propagación del saber es una de sus condiciones más importantes, porque sin ella las letras no harían más que ofrecer unos pocos puntos luminosos en medio de densas tinieblas, las corporaciones a que se debe principalmente la rapidez de las comunicaciones literarias hacen beneficios esenciales a la ilustración y a la humanidad. No bien brota en el pensamiento de un individuo una verdad nueva, cuando se apodera de ella toda la república de las letras. Los sabios de Alemania, de la Francia, de los Estados Unidos, aprecian su valor, sus consecuencias, sus aplicaciones. En esta propagación del saber, las academias, las universidades, forman otros tantos depósitos, a donde tienden constantemente a acumularse todas las adquisiciones científicas; y de estos centros es donde se derraman más fácilmente por las diferentes clases de la sociedad. La Universidad de Chile ha sido establecida con este objeto especial. Ella, si corresponde a las miras de la ley que le ha dado su nueva forma, si corresponde a los deseos de nuestro gobierno, será un cuerpo eminentemente expansivo y propagador. -

Pero su preocupación por la enseñanza superior o universitaria en modo alguno significa, a su juicio, desatención de la de primer nivel:

Yo ciertamente soy de los que miran la instrucción en general, la educación del pueblo, como uno de los objetos más importantes y privilegiados a que pueda dirigir su atención el gobierno; como una necesidad primera y urgente; como la base de todo sólido progreso; como el cimiento indispensable de las instituciones republicanas [...] No digo yo que el cultivo de las letras y de las ciencias traiga en pos de sí, como una consecuencia precisa, la difusión de la enseñanza elemental; aunque es incontestable que las ciencias y las letras tienen una tendencia natural a difundirse, cuando causas artificiales no las contrarían [...] Pero la ley, al plantear de nuevo la universidad, no ha querido fiarse solamente de esa tendencia natural de la ilustración a difundirse, ya que la imprenta da en nuestros días una fuerza y una movilidad no conocidas antes; ella ha unido íntimamente las dos especies de enseñanzas; ella ha dado a una de las secciones del cuerpo universitario el encargo especial de velar sobre la instrucción primaria, de observar su marcha, de facilitar su propagación, de contribuir a sus progresos.

Establecidos estos supuestos, y explicada la articulación del sistema concebido por la ley, avanza en la fundamentación de su filosofía:

La Universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problemas menos vastos, ni de menos arriesgada resolución. La Universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en éste, como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la Patria.

Y prosigue Bello:

La medicina investigará, siguiendo el mismo plan, las modificaciones peculiares que dan al hombre chileno su clima, sus costumbres, sus alimentos; dictará las reglas de la higiene privada y pública; se desvelará por arrancar a las epidemias el secreto de su germinación

y de su actividad devastadora; y hará, en cuanto es posible, que se difunda a los campos el conocimiento de los medios sencillos de conservar y reparar la salud. ¿Enumeraré ahora las utilidades positivas de las ciencias matemáticas y físicas, sus aplicaciones a una industria naciente, que apenas tiene en ejercicio unas pocas artes simples, groseras, sin procedimientos bien entendidos, sin máquinas, sin algunos aún de los más comunes utensilios; sus aplicaciones a una tierra cruzada en todos los sentidos de veneros metálicos, a un suelo fértil de riquezas vegetales, de sustancias alimenticias; a un suelo sobre el que la ciencia ha echado apenas una ojeada?

Pero todas aplicaciones prácticas no deben ser confundidas con "las manipulaciones de un empirismo ciego", puesto que sólo "los conocimientos generales hacen más claros y precisos los conocimientos particulares".

Como humanista destaca pronto el valor de las disciplinas formativas, y entre ellas

el estudio de nuestra lengua me parece de una alta importancia. Yo no abogaré jamás por el purismo exagerado que condena todo lo nuevo en materia de idioma, creo, por lo contrario, que la multitud de ideas nuevas, que pasan diariamente del comercio literario a la circulación general, exige voces nuevas que la representen [...] Se puede ensanchar el lenguaje, se puede enriquecerlo, se puede acomodarlo a todas las exigencias de la sociedad, y aún a las de la moda, que ejerce un imperio incontestable sobre la literatura, sin adulterarlo, sin viciar sus construcciones, sin hacer violencia a su genio.

Y ya antes había indicado también la responsabilidad política de la universidad en la consolidación de las instituciones, y como paso previo, el momento negativo del proceso: "tenemos que purgarla de las manchas que contrajo bajo el influjo maléfico del despotismo".

Los escasos fragmentos transcritos del histórico discurso de Bello no requieren comentarios. Pero convengamos que de ellos surge una imagen bastante distinta de la convencional e incorrecta: la de un Bello más amigo de las letras que de las ciencias, más interesado por las ideas y las teorías que por sus aplicaciones prácticas, más preocupado por la educación superior que por la popular y, sobre todo, de la opinión corriente de un severo "conservador" de la lengua.

Si desatendemos el momento histórico en que se expresan ciertas ideas, quizás no se advierta su significado, sobre todo cuando ellas se fueron incorporando al arsenal teórico de los filósofos de la educación y hasta por momentos puedan parecer "naturales". En este sentido, el discurso pronunciado por Diego Barros Arana, con motivo del quincuagésimo aniversario de la Universidad de Chile, es ilustrativo:

Unos creían que, proclamando la libertad de discusión, la Universidad iba a poner en peligro la subsistencia de las ideas tradicionales que se consideraban el fundamento del orden social. Otros sostenían que la nueva institución, imponiendo sus doctrinas, iba a cortar el vuelo al pensamiento y a convertirse, más o menos francamente, en el sostén del vetusto régimen intelectual que la revolución política y social de 1810 no había alcanzado a modificar. Don Andrés Bello se empeñó en demostrar que entre esas tendencias extremas había un vasto campo de acción para la Universidad e imprimió al movimiento

universitario el único rumbo que era conciliable entonces con el estado incipiente de nuestra cultura intelectual. Su obra fue de iniciación; pero ella debía abrir el camino a un progreso más firme y sostenido.

La educación primaria

El interés de Bello por la educación elemental viene de antiguo: sin pretender rastrear sus antecedentes recordaremos un artículo citado por J. C. Jobet (*El Araucano*, 5 y 12 de agosto de 1836), y cuyo contenido nos parece muy ilustrativo:

Nunca puede ser excesivo el derecho de los gobiernos en un asunto de tanta trascendencia. Fomentar los establecimientos públicos destinados a una corta porción de su pueblo no es fomentar la educación; porque no basta formar hombres hábiles en las altas profesiones; es preciso formar ciudadanos útiles, es preciso mejorar la sociedad, y esto no se puede conseguir sin abrir el campo de los adelantamientos a la parte más numerosa de ella. ¿Qué haremos con tener oradores, jurisconsultos y estadistas, si la masa del pueblo vive sumergida en la noche de la ignorancia; y ni puede cooperar en la parte que le toca a la marcha de los negocios, ni a la riqueza, ni ganar aquel bienestar a que es acreedora la gran mayoría de un Estado? No fijar la vista en los medios más a propósito para educarla, sería no interesarse en la prosperidad nacional.

Esta preocupación, cuya amplitud de miras salta a la vista, tuvo sobresalientes y plurales manifestaciones: citemos apenas una de ellas, la convocatoria de un concurso para premiar al mejor trabajo que respondiese al siguiente temario:

1) Influencia de la instrucción primaria en las costumbres, en la moral pública, en la industria y en el desarrollo general de la prosperidad nacional; 2) organización que conviene darle, atendidas las necesidades del país; 3) sistema que convenga adoptar para procurarle rentas con que costearlas.

Su resultado es bien conocido y del mismo nos hemos ocupado por extenso en otra oportunidad. El primer premio fue otorgado a Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, por su trabajo *De la instrucción primaria: lo que es, lo que debería ser*, y el segundo adjudicado a Domingo F. Sarmiento, por *Educación común*. Ambas obras, a su vez, ejercieron enorme influencia sobre el futuro desenvolvimiento de la educación primaria en Chile.

Otras inquietudes educativas

Tampoco descuidó la educación secundaria, de la cual tenía un concepto bien moderno como surge de esta advertencia: no debe juzgársela como "meramente preparatoria para las carreras profesionales, ni considerársele como un medio para llegar a la Universidad, sino como un fin en sí mismo".

Una exposición exhaustiva del ideario educativo de Bello requiere el señalamiento - que mal podemos hacer aquí - de su preocupación por una pedagogía de rasgos americanos; sus vínculos con la idea de trabajo; su interés por los contenidos de la enseñanza y los métodos de impartirla; la preparación de libros de texto para todos los niveles del sistema,

por lo que hoy llamaríamos divulgación científica, etcétera. Pero sobre todo su concepción de la educación como un derecho y sus relaciones con la producción, todo esto al servicio de la democratización constante de la sociedad. A modo de síntesis veamos estos párrafos de suyo elocuentes:

Los gobiernos republicanos no son sino los representantes a la vez y los agentes de la voluntad nacional. Y estando obligados como tales a seguir los impulsos de esa voluntad, nunca podrán eximirse de dedicar sus esfuerzos a conseguir el grande objeto a que ella tiende, haciendo a los individuos útiles a sí mismos y útiles a sus semejantes, por medio de la educación. Por otra parte, el sistema representativo democrático habilita a los miembros para tener en los negocios una parte más o menos directa; y no podrán los pueblos dar un paso en la carrera política sin que la educación tuviese la generalidad suficiente para infundir en todos el verdadero conocimiento de sus deberes y sus derechos, sin el cual es imposible llenar los primeros y dar a los segundos el precio que nos mueve a interesarnos por su conservación.

Y en otra oportunidad insiste en que es preciso poner la educación "al alcance de todos los jóvenes, cualesquiera que sean sus proporciones y su género de vida, estimularlos a adquirirla, y facilitar esta adquisición por la multiplicidad de establecimientos y la uniformidad de métodos, son medios eficaces para dar a la educación el impulso más conveniente a la prosperidad nacional".

"La lengua es para Bello - escribe Ángel Rosenblat - el instrumento de la formación cultural, criterio este que explica satisfactoriamente el papel atribuido por el autor de *Alocución a la poesía* a la enseñanza de la misma en todos los niveles del sistema educativo. Cuando propone la creación de una cátedra de gramática castellana separada de la de gramática latina ya existente, está afirmando una posición racionalista frente a quienes, si estimaban legítimo ocuparse de la lengua de Virgilio, en cambio se oponían a que se hiciese otro tanto con la de Cervantes, argumentando que esta, la materna, se aprendía "naturalmente", por lo que se tornaban innecesarias reglas y normas. (El latín y la memoria no bastaban, por lo menos ajuicio de Bello, para cimentar una buena educación moderna.) Al dar autonomía a la enseñanza del español y legislar sobre la materia recurriendo a nuevos métodos, científicos ahora y no espontaneístas o rutinarios, recupera para nuestro idioma la flexibilidad y galanura que, de otro modo, no podría alcanzar de haber permanecido sujeta al latín, o abandonada a sus propias fuerzas. Así pues, las ideas de Bello en la materia contribuyeron a emancipar nuestro instrumento de comunicación; más para él, recordémoslo, emancipación no significaba necesariamente ruptura sino recuperación, en otro plano, de una continuidad creadora; su *Gramática*, más avanzada entonces que la de la misma Academia, ilustra suficientemente esta posición. Juzgamos no corresponde abundar aquí sobre la materia ni considerar temas tales como su permanente preocupación por el riesgo de la fragmentación lingüística del español, como así tampoco detenernos ante su vasta obra de filólogo, gramático o crítico (recogida en varios volúmenes de sus *Obras completas*), bien conocida por cierto, y abundante y sagazmente estudiada por varias generaciones de especialistas.

Tampoco nos parece pertinente ocuparnos de sus aportes sustantivos al campo del derecho, cuya comprensión cabal requiere que ellos sean referidos al contexto de su concepción de mundo y de la cultura. En este sentido su obra jurídica sirvió para vestir,

como lo recuerda Pablo Lira Urquieta, "de modernidad las nociones de autoridad y de orden que aún conservaban los ampulosos ropajes coloniales; sin romper con la tradición hizo amar el progreso y hacerlo avanzar por sus pasos contados; ayudó a crear el culto de la ley dándole al país la estabilidad política, sin la cual toda otra acción fenece o se debilita".

Este sentido político profundo de sus ideas puede advertirse ya en algunos trabajos tempranos, de interés aparentemente restringido, como cuando, en 1830, partiendo del problema de la publicidad de los juicios, levanta vuelo rápidamente y enuncia principios generales:

la falta de armonía entre las instituciones recientes y los establecimientos antiguos; de que se sigue que todo trastorno empeorará nuestra situación por el mero hecho de sustituir un sistema a otro; que el mejor remedio que puede aplicarse a los inconvenientes de una constitución que vacila porque no ha tenido tiempo de consolidarse, es mantenerla a toda costa, mejorándola progresivamente, y sobre todo acomodando a ella las demás partes de nuestra organización política.

Evidentemente están aquí - y volvemos a citar a P. Lira Urquieta - "ya en germen las grandes líneas de la concepción portaliana; establecer en Chile un gobierno fuerte, especie de prolongación de la monarquía, pero con formas republicanas".

Mucho podría decirse también de sus ideas históricas, reiteradamente expuestas en numerosos trabajos y tantas veces enfrentadas a las de sus discípulos José Victorino Larrañaga, Francisco Bilbao, etcétera, a quienes el romanticismo social concedía nuevos horizontes. Añadir a los varios aspectos señalados otros como su participación en las polémicas de su tiempo (sobre el romanticismo, la lengua y la ortografía), algunas de ellas memorables tanto por sus contendientes como por el nivel teórico alcanzado, nos apartaría del objetivo esencial de esta semblanza: mostrar el papel desempeñado por las ideas educativas de Bello en su tiempo, y desde luego, rastrear su vigencia.

Murió en Santiago de Chile el 15 de octubre de 1865.

NOTAS

1 Por fortuna disponemos de una magnífica edición de las *Obras completas* de Andrés Bello, publicada a partir de 1952 por el Ministerio de Educación de 1 Venezuela. Son 24 tomos, algunos de ellos en dos volúmenes, como ocurre con el XVIII (Temas educacionales). Los textos están debidamente anotados, poseen índices copiosos y sobre todo aparecen precedidos de estudios preliminares valiosos y orientadores.

La abundante bibliografía bellista (reediciones de sus libros más importantes, antologías, ensayos sobre su obra total o parcial, etcétera) se vio sensiblemente enriquecida a partir de 1981, con motivo del bicentenario de su nacimiento. En este sentido destaquemos sólo trabajos reunidos en *Bello y Caracas* (1 vol.), *Bello y Londres* (2 vols.), *Bello y Chile* (2 vols.) y *Bello y la América Latina* (1 vol.). Son varios cientos de contribuciones que constituyen este aporte de más de 3.000 páginas (publicado por la Fundación Casa de Bello, en Caracas), donde se actualizan las investigaciones sobre su producción escrita e irradiación continental.

Este trabajo nuestro es una reelaboración conceptual y crítica de diversos estudios que al tema dedicamos a partir de 1949.